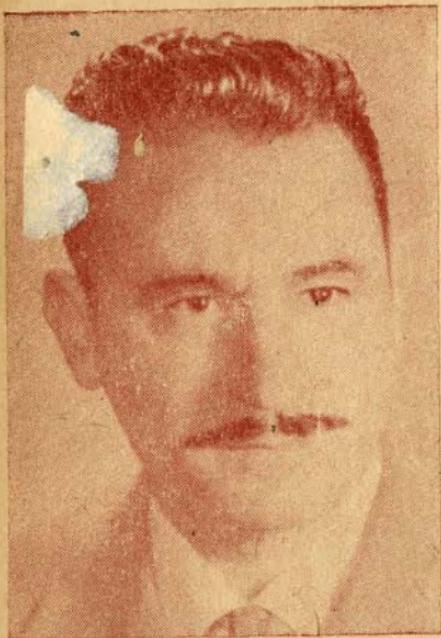




JUAN FIRULA

(CUENTOS)



El valor humano es la sangre que riega la literatura y da la sensibilidad dolida de la carne. El hombre debe poner el acento de la vida y la voz de la angustia en la expresión de su llamado. Y es así como lo ha comprendido Armando Méndez Carrasco, en las páginas vibrantes de calor proletario de su "JUAN FIRULA".

Frente a su libro de vivo realismo social es interesante decir algo sobre la agitada vida de su autor.

Méndez Carrasco nació hace, aproximadamente, 33 años, en una época en que empezaban a fermentar las convulsiones sociales que darían más tarde, las primeras reformas por la justicia del pueblo. Su tierra fué Valparaíso, bahía extraña, que le mostraría desde muy pequeño todas las variedades de aglutinaciones humanas. Su hogar, aunque modesto, no le restó comodidades. Pero su espíritu inquieto le reclamaba en el conocimiento de las masas, de las gentes de trabajo, de los niños con el pecho gris y de los hombres que entregaban su espíritu a la máquina y la miseria.

Así empezó sus dolorosos paseos por los cerros porteños, donde rosa-

ACIONAL
ILENA

JUAN FIRULA

(CUENTOS)

ARMANDO MENDEZ CARRASCO

JUAN FIRULA

(CUENTOS)

1948

Portada de Manuel Gómez Hassan



Imprenta Lathrop — Santiago de Chile

A la memoria de mi madre.

A mi padre.

A. M. C.

P R O L O G O

Este libro es un microscopio. Al través de sus cristales podemos mirar como se agitan y luchan algunos seres tan pequeños y humildes que nosotros, sin su ayuda, no alcanzaríamos a divisar. Sus escenarios están bajo los puentes del Mapocho, en un conventillo de la calle Ruiz Tagle, en un campo sin nombre. Sus héroes son niños abandonados, solitarios, perdidos en el torbellino de la vida.

Armando Méndez Carrasco presenta a sus personajes casi humorísticamente, los muestra con una sonrisa cariñosa y burlona, y luego, sin concederles gran importancia, va contándonos sus infortunios y sus sueños. En la mayoría de los cuentos, el autor no se conmueve. Mientras nos relata tragedias desgarradoras, su pluma permanece neutral. En el combate de Caín y Abel, su corazón no quiere intervenir. El narra simplemente, y

deja al lector el comentario y la lamentación. Pero en otros relatos, aunque no quiere dejarnos ver la inmensa ternura que siente por estas criaturas dolorosas, ciertos detalles delatan su cariño paternal, y comprendemos con cuanta emoción, al final de un cuento, se despide para siempre de su héroe andrajoso.

Jacobo Danke, que es tan sereno en sus juicios, dice que: "Armando Méndez Carrasco es un escritor que comienza a revelarse con relieves propios y bien definidos. De tendencia naturalista, su literatura se manifiesta dotada de una intensa emoción y de una calidad poética de liviana atmósfera".

Observa bien, siente hondamente los conflictos y se entrega a la narración con brillante espontaneidad, como arrastrado por el calor de una charla íntima, sin elegir las palabras, sin preocuparse del ritmo, sin pensar en el estilo. Pocos paisajes, poco análisis. Diálogo, acción, detalles concretos. Y con sus materiales sencillos levanta estas construcciones tristemente humanas, aprisiona almas, nos lleva al vasto país de los dolores y con sus manos francas palpa el rostro de la belleza.

En este primer libro de Armando Méndez Carrasco vemos como se está formando un escritor muy independiente y muy honrado. En sus transparentes relatos no ha quedado la huella de una escuela ni de un maestro. Con una simplicidad cautivadora, el autor narra sin detenerse en minuciosas descripciones, y llega al desenlace con destreza ejemplar. Es una muchedumbre

de personajes vigorosos que se derrama invasoramente en el libro. Se siente que cada uno de esos episodios, fué recogido en las andanzas de su vida en la ciudad y en el campo. Cada escena tiene el sello de la verdad, del drama que se vivió. Y, además, en muchas páginas, el autor nos entrega recuerdos propios. Son pequeños relicarios que él contempla con ternura mal disimulada.

DANIEL DE LA VEGA.

QUERIA TENER UN JUGUETE

Tenía cara de niña, pero Juamarila era un niño que nació a destiempo y vivió adelantado.

Se había criado según la disposición suprema de su instinto. El tiempo levantó su materia en la caleta "El Membrillo", frente al Pacífico que le abría su vientre de esperanzas.

* * *

Era la noche de los niños: la fiesta de Navidad. Juamarila no tenía juguete. Y como la realidad se había impregnado prematuramente en su alma sensible y despierta, comprendía que Santa Claus era un sueño: una mentira perfecta.

Juamarila quería tener un juguete. Se lanzó locamente por las calles del mundo. ¿Quién tuviera un juguete? —se decía—. ¡Un barquito de palo! —exclamaba.

Vagó por las viejas y misteriosas callejuelas del puerto. Iba con la terrible ilusión de un juguete de palo.

Pasaban las horas. La medianoche afloraba. El cielo vomitaba luces siderales. La tierra reventaba en guatapiques y estrellas fugaces. La noche se partía y Juamarila no tenía un juguete.

—¡Quién tuviera un barquito! —volvía a exclamar.

La ciudad caminaba indiferente, y el muchacho triste avanzaba sollozante por las calles del puerto, con su rostro de niña, con su ropa deshecha. Y en su loco peregrinar libertario se encontró en la puerta de la juguetería "La Ciudad de los Niños".

La casa comercial daba sus últimos trámites antes de entornar sus puertas. Ahí estaban todos sus anhelos de niño mutilado.. Aplanaba su naricilla pálida sobre el cristal de la vitrina y con su mirada dulce observaba un barquito de palo.

Miró a su alrededor. La calle céntrica y luminosa empezaba a morir en soledad. Sólo un carabinero de servicio se veía a lo lejos. La juguetería mantenía aún la puerta entreabierta, ofreciéndole un paso hacia una felicidad terrenal y relativa.

Los dueños, ávidos de sed económica, contaban el dinero con que habían especulado en el nombre del Niño de Dios, y mientras se extasiaban con el oro y la plata mugrienta, Juamarila se robó un juguete. Y con qué ansias lo miró atormentado. ¡Un barquito de palo!

Cuando ya se perdía por los tortuosos callejones porteños con el mundo bajo el brazo, una voz áspera y reumbante lo dejó perplejo:

—¡Atájenlo!

...Y ya no pudo moverse, porque no obstante su pobreza, era honrado.

El dueño clamaba justicia contra el niño ladrón. Juamarila fué detenido por el bastón de la ley, y con su barco de palo traspasó el umbral del tribunal policial.

—¡Y tú; ¿por qué te robaste ese juguete?

Juamarila hizo una mueca de susto.

—¡Quería tener un barquito de palo, señor capitán!

—dijo, sensiblemente.

* * *

¿Acaso los hombres no supieron de un encanto de palo? ¿Acaso no supieron de la fantasía celestial de un juguete de ensueño? Entonces, cuando el delito cumple una necesidad que tiende hacia la purificación espiritual arrinconada por fuerzas superiores, **no puede ni debe ser delito.**

Cuando el oficial de guardia lo volvió a interrogar en presencia del comerciante que expulsaba rabia y dureza en su rostro hambriento y repugnante de oro mezquino, el muchacho musitó de nuevo:

—¡Quería tener un barquito de palo, señor capitán!

Dejó el juguete encima del escritorio del oficial de guardia y esperó la sentencia con aquella valentía que sólo pueden demostrar los hombres que han sido concebidos bajo un techo sin manchas.

El teniente de servicio era hombre, en el sentido estricto de la palabra: pagó por el juguete su valor en moneda.

El comerciante se retiró satisfecho. Juamarila de nuevo se encontró con su barco de palo en sus brazos sin fuerzas. Ensimismado corrió a la calle, tal vez nunca oprimió tanto un tesoro contra su pecho débil.

Atravesó los vericuetos porteños en demanda de la caleta "El Membrillo", que distaba unos tres kilómetros de Va'paraíso. Eran ya cerca de las dos de la madrugada. Los primeros gallos impertinentes lanzaban sobre la faz terráquea su gritería de aurora.

Iba Juamarila atontado con su juguete de palo, sin importarle la noche.



Siete años atrás había surgido su primer grito terrenal como consecuencia de los amores de dos seres que jamás llegaron a unir sus almas con preceptos extraños a los fijados por la Naturaleza. Se amaban y lo demás no cabía en sus cerebros. Así habían pasado varios años, mirándose como dos enamorados que empiezan. Ese amor, por encima de todo, había ido a sellarse en aquella fuerza eterna que todos los hombres poseen, y ya ese calor jamás pudo abandonar el edificio hermético de sus corazones.

Un amanecer se hicieron al mar: iban a luchar por la vida. Y partieron en una frágil "chata" pesquera. Hicieron todos esos preparativos indispensables cuando los pescadores gestan, anticipadamente, los múltiples sinsabores de una empresa bravía y dolorosa. El cielo estaba negro; el agua agitada y un viento paulatino comenzaba a crecer. ¡Es una locura! —dijo la caleta. Pero Alejandro y su "china" no oyeron los ruegos. Y ¿quién puede negar que cuando el amor se toca en su afinidad sublime se desconoce el temor? ¡Nadie!



Cuando sus padres bogaban con la pequeña "chata" sobre la llanura líquida, el muchachito quedaba al cuidado de ño Peiro, "El Chalupa", viejo lobo de mar, que llevaba una historia de leyenda y fantasía tatuada en su cuerpo marchito. El chiquillo se había acostumbrado con el vie-

jo marino. Y mucho antes que rasgara el sol se levantaban y subiéndose a unos peligrosos pinachos rocosos, esperaban la llegada de esos seres que tenían grabados en la máquina de sus cerebros.

Pero ese amanecer en vano el viejo lobo de mar, ño Peiro "El Chalupa" y el mocosito esperaron la aparición de la "chata". Sólo vestigios arrojaba el mar; el temporal había arreciado sin tregua aquella noche. Y cuando ya las esperanzas murieron y surgió la realidad, toda la colonia pesquera se apiñó alrededor del viejo y del niño. Hubo un instante de genial silencio. Los hombres entornaron su vista: se descubrieron; las mujeres rezaron: levantaron al cielo su plegaria: una queja callada. ¡Habían ido a robarle al mar su carne marina, pero la locura marina se los comía ahora! Estaban para siempre juntos, como habían vivido.

El muchachito no comprendió en su significado la pérdida de sus padres; sin embargo, por un raro instinto pasaba horas y horas observando el mar. Había algo en la lejanía que lo atraía. Era, a pesar de su edad, un enamorado de aquel monstruo grandioso que se movía intensamente, bramando y bramando, con su cabellera verde.

Un día en que aquellas dos concepciones sutiles soñaban junto al oleaje, encaramados sobre un promontorio rocoso y humedecido por la brisa marina, y mientras las gaviotas describían danzas eufóricas de destreza y picardía, el muchacho comenzó a preguntarle:

—¡Dime, abuelito! ¿por qué los otros niños tienen padres y yo no?

Durante algunos segundos, el viejo lobo de mar, lo abrazó fuertemente y sus cansados ojos se empañaron como nunca. ¡Era la vida que reventaba en su mirada suave!

—Tú también tuviste dos seres que te amaron. Una noche fueron llamados por el Dios de las Aguas, y partieron en la "chata". Se fueron adelante para recibirte. Algún día te unirás a ellos, a'lá, más allá de la línea aquella...

Las preguntas fueron sucediéndose con aquella clásica variedad y maestría con que sólo los niños pueden hacerlo.

—¿Y por qué si soy hombre me dicen Juamarila?

Muchas veces se había encolado su pelo, pero sus crespos reacios volvían a caerle sobre su frente pálida, y su rostro retornaba a su gracia de niña.

—Te dicen Juamarila, porque tienes un alma de cielo y carita de virgen.

—¡Pero los otros “cabritos” se ríen de mí!

—¡Nadie puede reírse de ti! Todos te queremos. En el corazón de los pescadores siempre hallarás el cariño y un amor verdadero.

...Y el viejo “Chalupa” era el padre y la madre...

* * *

Pero la Naturaleza exige una constante renovación de la Humanidad. Un día ño Peiro, que también tenía su hogar en la bondad de los pescadores, comenzó a enfermarse.

Juamarila ya no se movió más de su lado. Ahí, allegado al viejo marinero, pasaba los días apretándole su mano grandota, agrietada y tallada de encantos marinos. Día a día el viejo lobo de mar sintió que la muerte lo llamaba. Irremediablemente se moría. Pero su alma reía ante la llaga compasiva que irradiaban los ojos del niño: era feliz en su final. Este niño diferente traía lealtad amorosa en su ancestro milenario y permanecía con resignación estoica al costado del anciano grumete. Y cuando éste abandonó su caja material y sus ojos se cerraron, el mocoso lo abrazó nerviosamente y le gritó angustiado:

—¡No te murai, mi abuelito “Chalupa”!

* * *

Durante veinticuatro horas pasó junto al lecho mor-

tuorio. En balde la caleta toda trató de alejarlo de allí. En balde ese pueblo humanitario quiso engañarlo con dulces. Juamarila había bajado su cortina para las manifestaciones terrenales.

Cuando la carroza partió lentamente en demanda del cementerio de Playa Ancha, el muchacho iba como loco, llevando en su pecho un ramillete de flores.

¿Por qué la vida le quitaba lo suyo? ¡La vida, que no era propiamente vida!

Durante la ceremonia negra permaneció impasible; sus ojos escudriñaban lo ignoto. ¿Acaso su alma no caminaría en ese instante junto a su abuelo "Chalupa"?

Y cuando, rebelde, quería quedarse en el camposanto, el pescador Juan Manuel se vió obligado a tomarlo en sus brazos. Le taparon su rostro de niña con un vestón roto, y en cortejo oprimido el pueblo "marinero" descendió al plan en silencio.

* * *

Desde ese día Juamarila se tornó totalmente taciturno. Aquella fuerza creadora que distingue a los niños y que los hace circunstancialmente diferente de los adultos, no pudo aparecer en él: fué un niño pensativo.

Su melancolía por el mar fué en aumento. Tardes completas trepaba a los altos acantilados rocosos y amorfos. Allí se confundía en medio de las aves marinas. No se qué había en Juamarila, ni siquiera esos seres le tenían miedo. Inmóvil, con sus ojos soñadores, miraba y miraba la lejanía verde. Su cabeza, a menudo, se veía adornada con una imprudente gaviota, y él, resignado y quieto, servía de pedestal humano, mientras el "pájaro marino" contemplaba la tierra.

• • •

Esa noche de Navidad, de improviso, una intranquilidad le había mordido el alma. Quería tener un juguete; gozar y reír como los otros niños de la caleta. Y con qué felicidad había partido al puerto de Valparaíso con la esperanza remota de que alguien le regalaría un barquito de palo. Sería, en lo sucesivo, un niño alegre. Ya no miraría más el mar como queriendo encontrar algo que nunca llegaría. Y se había lanzado sin decirle a nadie, con la sola idea de jugar al día siguiente con ese barco que se había adueñado de su mente.

...Y después de aquellas peripecias que el lector ya sabe, en loca carrera, había devorado el camino de asfalto en dirección a la caleta.

Cuando llegó aún era de noche. Fué a botarse bajo un bote roñoso y abandonado, y abrazado de su barco lo sorprendió el amanecer.

• • •

Esta Navidad había sido triste para los niños de la caleta. Sobre todo, en la casa de ño Máximo. El viejo pescador se había accidentado y no podía trabajar. Su hijo único no tendría juguete este año. Juamarila, por un raro designio, quería pasar con aquellas personas que por una causa indeterminada los estrujaba la vida. Así, después que comía en casa de algún pescador que no tenía problemas económicos momentáneos, partía al rancho de "Cupipita", pues como tal apodaban al hijo de ño Máximo, y con él pasaba sentado sin decirle nada.



Amanecía. El sol rajaba la tierra con su fuego de gloria. Juamarila, soñoliento aún, se sentó en la arena. ¡Admiraba su barco de palo! Levantaba la vista y se imaginaba que si hubiera sido más grande habría navegado hasta llegar allá, lejos, donde lo esperaban sus padres, y al recordarse de ellos, veía, indudablemente, la figura patriarcal y romántica de ño Peiro, "El Chalupa".

En ese instante irreal estaba cuando sintió por detrás a "Cupipita", el hijo del pescador enfermo. Lloraba con un zapato en la mano.

—¡Yo ejé mi zapatito roto y el viejo Pascual no me trajo ná! —y prosiguió con su llanto amargo, exageradamente sonoro, y miró compasivo el barco de Juamarila.

...Y éste no pensó la respuesta.

—¿Pero no sabís qu'el Pascualito te trajo este buque de palo?

...Le entregó su juguete. Lo miró risueño hasta que se perdió en su rancho de lata. Volvió su vista al anchuroso océano y se internó por un costado de la playa, en dirección a las rocas.



Juamarila volvió a su vida de anacoreta incipiente. Pasaba en los más encumbrados desfiladeros rocosos, rodeado de sus gaviotas, de aquellos pájaros extraños que sentían por él un profundo amor. ¿Y quién podría saber si Juamarila era atraído por algo divino que veía en el

mar? O, a lo mejor, iba a preguntarle a las gaviotas y alcatraces, lo que no le podían decir los hombres...

...Y durante mucho tiempo se le vió perdido en ese mundo oceánico. Su vista de soñador enfermo se extraviaba en un horizonte de agua y cielo, siempre pensando que algún día un barco de palo se lo llevaría lejos...

EN EL TORBELLINO

Cuando atravesé el umbral del liceo, con mi flamante certificado de promoción en la mano, me sentía dueño del mundo.

Al día siguiente compré el diario y devoré los avisos económicos:

“Se necesita oficinista. Buen sueldo. Excelentes recomendaciones. Calle Congoja 120”.

... Y partí muy de mañana.

—Buenos días, señor. Vengo por el aviso...

Ni siquiera contestó mi saludo y sin mirarme, gruñó:

—¡La vacante la ocupó un primo del gerente!

Poco a poco, comencé a notar que la realidad era otra. El conocimiento de las diferentes ramas de la cultura no me sacaba del atolladero.

Siempre había un motivo:

—No, señor; necesitamos gente con servicio militar...

Me sentí acorralado. Mi padre me trató mal. Mi madre habló de un hijo holgazán. Me sumía en la desesperación por encontrar algo y demostrarles que estaban equivocados.

La cesantía surgía por todos lados. La relajación económica se tornó universal, abrumadora. ¡Trabajo, trabajo! Y éste no se hallaba en ninguna parte.

Salía a vagar. Veía los miles de puntos que se movían febrilmente por las calles de la ciudad. Yo era uno más que caminaba como loco, viendo en cada puerta, en cada casa comercial, siempre el mismo anuncio: ¡No hay vacante! ¡No insista!

—¡Flojo, sinvergüenza!

Mi padre me representaba que había hecho un esfuerzo sobrehumano al educarme, y que ahora le pagaba con la ociosidad y la vagancia. Mi madre ni siquiera me hablaba, y ya llevaba diez días con mi ropa interior en el cuerpo. Volví a sentirme perdido en la inmensa hojarasca del destino.

...Y una noche, bañé con una última mirada la casa toda, y partí para siempre. Los míos habían abierto una llaga que ya nunca cerraría.

Me encontré en la calle, en la calle de la vida: desamparado y con hambre. Dormí en un banco de la plaza. A

las tres desperté por los sacudones que me daba un carabiniro de facción.

—Y tú, ¿por qué no te vas a la casa?

Era un joven de rostro helado, pero tenía el semblante marchito. La noche había escrito en su cara, anticipadamente, los efectos del tiempo. En pocas palabras le expiqué mi tragedia.

Me llevó a la Comisaría; comprendí que deseaba ayudarme. Atravesamos el centro amigablemente. Por primera vez sentí atracción hacia ese hombre a quien creía una fiera, un individuo cruel, inabordable.

Me encontré en una pieza grande: era el dormitorio de los carabineros.

—¡Acuéstate aquí! Mañana hablaremos.

El resto de la madrugada dormité. A las seis, un gran ruido me hizo volver a la realidad. Entró un carabiniro chico con un sable grande; lo movió estrepitosamente, y gritó:

—¡Levantarse los flojos, ponerse verticales y salir a formar!

Me tapé la cabeza, me acurruqué, y esperé.

—¡Miren la pechuguita d'este! Por qué no te levantái?

Hablaba mal y sus palabras me hicieron reir para mis adentros.

—Señor —le dije—, yo no soy carabi...

Esperé el sablazo... y no llegó.

—¡Ah! Vos soy el señorito de que me hablaron anoche. ¡Güeno, levántate! A las ocho tenís que estar en la Escuela.

—¿En la Escuela? Pero si vengo saliendo del liceo.

—¡Te estoy hablando de la Escuela de Carabineros!
¡Tú llegai a bufar!

Quedé sorprendido con eso de "bufar", pero comprendí lo primero. El carabinero de servicio creyó que podría servir en el Cuerpo de Carabineros.

Me llevaron al comedor, y me sentaron ante un jarro de café y un pan amasado que comí, porque tenía hambre. Se me acercó el carabinero "aprehensor". Me saludó amablemente, y me dijo:

—Le daré una recomendación para el Curso de Carabineros Sin Servicio Militar. Estoy seguro de que llegará a ser un buen servidor público.

¿Carabinero yo?... Pero reaccioné al instante.

—Bien, muchas gracias. Haré todo lo que usted quiera.

Me entregó la recomendación, me colocó distraídamente cinco pesos en el bolsillo, me apretó la mano, y partió.

Me encontré de nuevo en la calle. La vida comenzaba como lava a invadir la ciudad.

...Y ocho días más tarde, nadaba en unos zapatos grandes con olor a bototo; lucía polainas de suela negra; pantalones englobados; una chaquetita corta y verdosa, de cuello alto y cerrado, y una forra de visera larga: ¡era carabinero!

Un atardecer recibí la visita de mi hermana.

—Vengo de parte de mi madre. Pasa todo el día llorando, y quiere que te salgas.

La miré; era hermosa; la vida le onduló el cuerpo y le entregó una cara bella. Pero no tenía inteligencia. Me miró con desprecio, y yo sentí su hielo. Observó a su alrededor y se cimbró coquetamente.

—Dile a mi madre que si he abandonado ese hogar fué porque me aislaron, me acribillaron, no creyeron en mí. Y ahora te mandan para que vuelva a ofrecerles mi sonrisa y después... ¡No, no! He sufrido demasiado para pisar esa casa.

...Se fué. Al atravesar la reja hizo un ademán de orgullo. Volví agobiado al interior.

Comenzaba a acostumbrarme. En el curso me distinguí por mi entusiasmo. Fuí buen soldado para la instrucción a pie; en cambio, la práctica de equitación me amargaba; pasaba en el suelo.

Los días de franco no visitaba a nadie; los míos me habían abandonado para siempre. Así, paulatinamente, se fraguó en mi corazón un olvido profundo para aquellos seres que una noche azulina me engendraron.

¡Solo!

Me agarré a la sinceridad de un hombre que conocí en el curso: el sargento Gutiérrez. Era un hombre bueno, disciplinario y que se aferraba fielmente al cumplimiento del deber.

Una tarde me llevó a su casa. Al calor de una botella de vino se abrieron los corazones. ¡Allí palpitaba la vida en todo su esplendor! ¡Siete hijos! La Damasa pasa-

ba los 18, y el menor empezaba a gatear por el entablado viejo. Este enjambre vivía en un conventillo de Independencia: un cuartucho estrecho, húmedo y oscuro. El mobiliario estaba compuesto de tres camas, una banca, una mesa y aquellos utensilios que nunca faltan en el hogar más modesto. En esta pieza infinita se comía, se dormía y se efectuaba la concepción suprema de la vida.

Observé detenidamente. Los "mocosos" dormían, soñaban: la fantasía los envolvía. Vivían el período maestro, cuando la vida es una gran pirueta. La chiquilla no estaba en casa; el reloj de la iglesia daba las diez. La mujer permanecía encorvada, embobada en remendar la ropa.

Esa noche supe de un dolor que me hiere todavía. La mujer había sufrido una atrofia de las cuerdas vocales y enmudeció para siempre.

...Bebí demasiado, porque lo necesitaba.

Al día siguiente desperté en el calabozo. Estuve ocho días arrestado: fué mi primera falta.

Cuando estaba franco me dirigía sin más preámbulo a la casa del sargento.

Nunca olvidaré mi primer sueldo. Le regalé un par de zapatos a la Damasa, le llevé un trajecito a uno de los "cabros", y la linda Juanona, una "mocosa" de cuatro años, debió contentarse con una hermosa muñeca llorona. La pieza fué una fiesta: risas, gritos, saltos y patadas; después les lancé a la "chuña" el sencillo, y la "chiquillería" fué a incrustarse a la dulcería de la esquina.

Una noche el sargento y su mujer fueron a encumbrarse a la galería del "Excelsior". La "palomillada" roncaba como loca. Yo jugaba nerviosamente con mi gorra. Sobre la mesa aún se erguía media botella de vino. La Damasa se sentó a mi lado. Era ya una joven atrayente. Su cuerpo principiaba a cincelarse graciosamente, y había tal bondad en su rostro, que alegraba mi sencillo corazón "pacuno".

Me miró con picardía; un fuego extraño me llamaba. Me serví apresuradamente un trago. Volvimos a encontrarnos. En el silencio de la noche se rebelaba mi instinto. Se acercó; un suave sudor quemaba toda mi alma; la vela moría.

Salí... Esa noche no dormí; me había enamorado de la bella Damasa.

Durante diez días rehusé visitar la casa del sargento, pero a nuevos requerimientos, volví.

—Los chiquillos quieren verte. ¡No seas ingrato!

Se repitió la escena. El sargento y la mujer fueron al teatro, y quedamos solos al abrigo de la noche inmensa. La ví acercarse y la esperé como una necesidad. Me tomó la cabeza y yo cerré los ojos: soñaba. Al despertar, su hermosa boca se hundía con la mía en un beso gigante. ¡Qué bella era la vida entonces!

...Tomé la gorra, y la dejé...

Miré el cielo. La noche múltiple saturaba mi alma.

Al día siguiente reventé:

—Mi sargento, quiero casarme con la Damasita.

—Pero, ¿estás loco?

—¡La quiero y no debo esperar!

Logré convencerlo; quedamos en que esa misma noche arreglaríamos los pormenores de la boda.

A las nueve en punto llegué al conventillo. La Dama estaba tendida en la cama, boca abajo y tenía al aire sus gráciles piernas, que brillaban con vistosidad de oro al débil resplandor de la vela. Me acerqué y noté que soñaba. No alcancé a mover mis labios.

Se paró furiosa. Tenía los ojos rojos de tanto llorar, el pelo en desorden, y la blusa desgarrada. Se rió como loca y caminó hacia mí, amenazante. Esperé silencioso y extrañado; yo parecía más bien una momia de Egipto que espera el momento de resucitar.

—¿Casarme yo? ¡Y con Ud! ¡Qué se ha figurado el “paquillo” pretencioso! Casarme con Ud. para morirme de hambre como mi madre...

... Me quedé perplejo; tal vez mis ojos debieron nublarse, porque sentí que un inmenso dolor me contagiaba.

—¡Váyase de aquí, creído! ¡Y sepa que lo odio!

Recordé las noches que murieron, cuando con la complicidad de un rayo de luna, me decía: “¡te amo!”. No obstante, en mi cerebro seguiría latente y no podría olvidarla.

El sargento se precipitó sobre ella, la abofeteó hasta que de sus naricillas pálidas, borbotó un hilo de sangre.

—¡No, no, mi sargento! No la castigue. Me equivoqué. Ella no tiene la culpa. Es la sociedad... la socie...

•••

Me despedí con un abrazo del sargento; miré con profundo sentimiento la “mocosería” que dormía; le dí la mano a la mujer que lloraba, y me lancé a la calle.

Esa noche bebí demasiado, porque era lógico.

Una tarde el sargento me llamó a un lado.

—;La Damasa se fué anoche de la casa!

Fruncí el entrecejo, hice una mueca y mordí mis labios.

Era bella y al ver que su hermosura se perdía en ese cuartucho obscuro del conventillo, se rebeló.

—;Qué hago aquí?

Debió mostrarse ante el espejo; descubrió que había belleza en su rostro; que su cuerpo tenía gracia gitana, y que sus piernas eran contorneadas y atrayentes.

...Y una noche sin luna, había partido a ofrecer su manjar al que pasaba.

Sin embargo, el sargento había llegado inmutable esa mañana: firme el paso, la cabeza en alto, el pecho saliente y la mirada franca: ;ordene, mi teniente!

En el torbellino de la vida se perdió la Damasa. Años más tarde la ví pasar; fué un atardecer. Era un andrajo humano: sucia y rotosa. Su cuerpo se había transformado en una masa ordinaria; sus párpados caían relajados; lucía cejas arqueadas, toscamente arregladas, y llevaba una boca grande, pintarrajeada de granate oscuro.

...Y ahora, en un rincón de Ultima Esperanza mueren mis días. Al atardecer, cuando el sol roba a la tierra los últimos puñados de luz, observo esta gran olla, donde se funde el oro y la miseria.